

ct

Naranja y rojo

de
Carmen Soler

(fragmento)

¡Corre, Madou, corre!

Sobre la acera de una calle concurrida, en el centro de la ciudad, Moussa y Madou, dos manteros africanos de unos treinta a treinta y cinco años, conversan entre el gentío. Están sentados en sendos bolardos de hormigón. Frente a ellos, extendidas en el suelo, hay dos grandes telas blancas, con una miscelánea de artículos expuestos para su venta. Cerca hay otros hombres negros haciendo lo mismo. Todos sujetan las cuerdas que sirven para recoger las telas lo más rápido posible en caso de tener que salir corriendo.

MADOU

¿Y a mí qué me cuentas, Moussa? Yo soy matemático.

MOUSSA

Y yo músico, no te fastidia. ¿Pero qué tiene que ver? (*A un potencial cliente*) Barato, barato...

MADOU

Que a mí no me preguntes por palabras... Yo soy más de números.

MOUSSA

Solo te lo pregunto por si la has oído. Sin más... Es que la escuché el otro día y me llamó la atención. (*A una viandante que pasa delante del puesto*) Barato, barato, amiga...

MADOU

A ver... ¿qué palabra era?

MOUSSA

Afropeo.

MADOU

¿Qué?

MOUSSA

Afropeo.

MADOU

¿Afropeo?

MOUSSA

Sí, *afropeo*. Algo así como medio africano, medio europeo.

Pausa breve.

MADOU

Pues, no. No la había oído en mi vida. ¿A quién se la escuchaste?

MOUSSA

A un negro. Un negro que decía que él era “afropeo”. (*A un potencial cliente*) Barato, barato...

MADOU

¿Y por qué es afropeo? ¿Porque vive en Europa?

MOUSSA

No, no solo por vivir. Creo que para ser afropeo tienes que haber nacido o crecido aquí. Él hablaba como un español, desde luego. Y se expresaba con mucha seguridad. Moviendo las manos así... Un tío elegante.

MADOU

Ya. (*Pausa breve*) Nosotros no somos afropeos.

MOUSSA

No.

MADOU

¿Nosotros qué somos?

MOUSSA

Nosotros... Solo africanos. (*Levantándose. Atento a algo que llama su atención a lo lejos*)
Africanos que corren, *mon ami*.

Tensa las cuerdas de su manta. Todos hacen lo mismo, mirando en todas direcciones como gacelas asustadas.

MOUSSA

Falsa alarma. (*Al grupo*) *Teglen, teglen!* (*Pausa breve*) ¿Qué vas a hacer de comer? ¿Te importa si invito a Lala?

MADOU

Te gusta esa chica, ¿eh?

MOUSSA

Pues sí, me gusta mucho.

MADOU

¿Qué cara más dura tienes! Quieres seducirla con mi cocina...

MOUSSA

Si tengo que hacerlo con la mía...

MADOU
Cántale una canción.

MOUSSA
Eso ya lo he hecho.

MADOU
¿Ah, sí? ¿Cuándo?

MOUSSA
El sábado.

MADOU
¿Y qué tal?

MOUSSA
Muy bien. (*Pausa breve*) Por cierto, me tienes que enseñar a jugar al ping-pong.

MADOU
¿Qué?

MOUSSA
Antes del domingo.

MADOU
¿Por qué?

MOUSSA
Ella y su hermano juegan al ping-pong. Me han invitado a jugar.

MADOU
¿Y has dicho que sí?

Moussa se encoge de hombros.

MOUSSA
¿Me dejarás tu pala? No la necesitas hasta la semana que viene, ¿no?

MADOU
Te la puedes quedar.

MOUSSA
¿Por qué?

MADOU
Me he retirado del campeonato.

MOUSSA

Pero si eres finalista...

MADOU

El partido coincide con un curso.

MOUSSA

¡No vayas!

MADOU

La asistente social me ha dicho que no puedo faltar.

MOUSSA

Vaya... Lo siento.

Pausa. Moussa reacciona a lo que parece ser una amenaza. Quizás vislumbra el uniforme de un policía municipal a lo lejos. Se levanta del bolardo al tiempo que tensa las cuerdas de su manta.

MOUSSA

¡Cuidado! (Al ver que su amigo no se inmuta) ¡Madou, alerta!

MADOU

No pienso correr.

MOUSSA

¿Qué?

MADOU

Hoy no.

MOUSSA

(Sin dejar de vigilar) ¿Qué dices? ¿Estás loco? Venga, levanta.

MADOU

Estoy harto.

MOUSSA

Claro que vas a correr. Delante de mí, si no quieres que te pegue una paliza. Vamos, las cuerdas.

Madou no se mueve.

MOUSSA

Madou, las cuerdas... (Pausa breve) Espera, no. Se van. (Al resto del grupo) Teglen!

Pausa. Sin dejar de mirar a lo lejos, Moussa estira su manta en el suelo y recoloca los artículos que hay sobre ella.

MOUSSA

¿Estás mal de la cabeza?

MADOU

No, pero lo estaré pronto, si sigo corriendo.

MOUSSA

No te entiendo, *mon ami*. Ya sabes lo que hay. Es lo que nos toca.

MADOU

¿Por qué?

MOUSSA

Porque sí.

Pausa breve.

MADOU

No sé por qué tengo que correr, si no he hecho nada malo.

Pausa.

MOUSSA

Ya, yo tampoco, pero...

MADOU

Entonces, no corramos. (*Pausa breve*) ¿Qué pasaría si no corriésemos? ¿Qué pasaría si todos nos quedásemos de pie, en nuestro sitio? Quietos.

Pausa. Una viandante señala uno de los bolsos de la manta de Moussa.

-¿Cuánto vale este?

MOUSSA

Dieciocho euros. Puedes coger. Este para ti, amiga. Barato... (*La viandante examina el bolso. Luego lo deja y se va*) Adiós. (*A Madou*) Tú no has desayunado hoy, ¿verdad? Por eso estás enfadado. (*Pausa breve*) ¡Ay, Madou...! Deja de decir locuras... (*Pausa breve*) Y si lo haces para que te lleve la manta, lo tienes claro. Venga, *mon ami*, alegra esa cara.

MADOU

Estoy harto de tener miedo. Y de correr sin sentido. (*Pausa breve*) Cuando mi hermano se puso enfermo, corrí para llevarlo al hospital. Y también corrí en la tormenta para no ser alcanzado por un rayo. Esto tenía un sentido para mí. Pero así... es como correr dando vueltas en círculo.

MOUSSA

Oh, oh... ¡Ahora sí! ¡Ya vienen! (*Al grupo*) *Diellen, diellen!*

Moussa tira de las cuerdas y su puesto de bolsos desaparece como por arte de magia dentro de la manta, que ahora se ha convertido en un hato.

MOUSSA

¡Corre, Madou, corre!

MADOU

¡Déjame!

Al ver que Madou no se mueve, Moussa recoge la manta de su amigo y carga su hato a la espalda.

MOUSSA

(Tirando de él) ¡Vamos, Madou! ¡Corre! ¡Corre!

Finalmente, Madou se levanta y corre siguiendo a los demás.

No insista, señora.

LA CHICA

(Hablando por teléfono. Se escucha el sonido de una radial) Pues que ahora no puedo dejarla sola. Ella sola no va a poder pagar el piso. (...) ¿Qué? *(Se desplaza por el espacio, huyendo del ruido, pero este parece perseguirla)* ¡Yo tampoco te oigo bien! (...) Nos lo han subido. Trescientos euros, de golpe. (...) Ayer llegó una carta del casero. (...) ¡Una carta del casero! (...) Mira, te lo cuento ahora, cuando te vea. (...) Sí, sí, te espero ahí. En la boca del metro. ¡Pero date prisa! *(Cuelga el teléfono. El molesto sonido cesa. Suspira. Pausa breve)* Doblo la esquina. Una ligera brisa me alivia. Qué gusto. El semáforo está en verde. Estupendo, todo fluye. Cruzo. Y ahora, frente a mí, una cuesta de tres minutos hasta el metro. Bien, voy bien. *(Pausa breve)* Un momento. Una cuesta de tres minutos y... Oh, no... No. *(Pausa breve)* Sí. Es la hora fatídica, es el peor momento del día para subir esta cuesta. Es la hora del horror, la hora de dejar a los niños en el colegio antes de ir a trabajar. Hace solo cinco minutos esto podría haber sido un paseo agradable. Ahora, a falta de tres minutos para que suene la sirena, una avalancha de progenitores estresados avanza hacia a mí. Un tropel de mujeres trabajadoras, y algún hombre trabajador, baja la cuesta con una determinación implacable. Lo invaden todo, la calzada, las aceras, los comercios. Están por todas partes, cada uno con su prole a cuestas. Los retoños asoman por doquier. Parecen monitos, colgados de las ramas de un árbol. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete. Se acercan. Ahí vienen, a la carga. Como en una carrera de cuadrigas. Y lo peor es que nadie parece verme. Ni a mí ni al viejito de la boina que camina a mi lado. Agárrese a la cachaba, abuelo. Agárrese fuerte. *(Pausa breve)* Todos tienen esa mirada extraña, como secuestrada por el pensamiento. El rostro tenso, la expresión crispada. Aquí están. Se acercan, se acercan. Ya llegan. Me preparo para el primer impacto. ¡Ay, perdón! Disculpe... ¡Disculpe! Pero ellos no me ven. Es increíble, no me ven. Soy invisible. Cuidado, señora, el niño. ¿No ve que llevo estos libros en el...? Son de tapa dura y estas esquinas son peligrosas. Están justo a la altura de la cabeza de su... Ay, ¡oh! Perdona, cariño, lo siento. ¿Te he hecho daño? Ha sido sin querer... Pero la madre no se ha dado ni cuenta. Sigue caminando con la mirada puesta en la entrada del colegio. El niño sí, el niño se gira y me mira con la manita pegada a

la mejilla. Lo siento. *(Pausa breve)* Me tropiezo. Será mejor que mire hacia delante. Esta carrera de obstáculos todavía no ha terminado. Sigo caminando, me hago estrecha, lo más estrecha posible. Minimizo los riesgos de esta invisibilidad, me encojo de hombros y subo los brazos para mantener los libros lo más arriba posible. Busco la pared del mercado. Está cerca. La veo, la veo. Un, dos tres cuatro cinco, seis, siete. Un, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete. Ya estoy en la pared, bien. Al menos, mi flanco derecho está protegido. Miro hacia atrás. No veo al viejito. Pobre... No lo consiguió. La horda sigue bajando. Disculpe señor, ¿se ha dado cuenta de que lleva varios metros arrastrando a un niño por el suelo? ¡La mochila! ¡Ha perdido la...!. Señora, ¿este chupete es suyo? *(Pausa breve)* Dios mío, me siento como un salmón, luchando a contracorriente en la época del desove. Un salmón en... ¡Ahhhh! ¿Qué ha sido eso? ¿He sido yo? ¿He dado yo ese grito? Sí, he sido yo. Ha sido un grito de dolor, un grito de dolor amargo. Ahhhh. Tenía que pasar. Tarde o temprano tenía que *volver* a pasar. Miro hacia el frente y reconozco la fuente del dolor. Un carrito de bebé enorme ha encallado una de sus ruedas entre los dedos índice y corazón de mi pie derecho. No es la primera vez. Esta tragedia es endémica en mi vida. Los carritos de bebé me persiguen desde que era una niña.

Señora, no insista, por favor. ¡No insista! Las dos sabemos que seguir horadando mi empuje con la rueda de su carrito no la conducirá a ninguna parte. Ese camino no la lleva a ningún lugar. Pero ella no escucha. Parece sonámbula, desahogada, la mirada perdida. Pobre, no le echo la culpa. Tiene prisa. Ya, yo también. Entonces, ¿cómo lo hacemos? ¿Pasan usted y su carrito por la derecha y yo me aparto a la izquierda?, ¿o al revés? Señora, señora... míreme a los ojos. Estoy aquí. Deje de empujar. Llevo sandalias y me va a hacer una herida en el pie. Yo no tengo la culpa de... *(Suspira)* Mire, señora, estoy segura de que en algún momento del día esta pequeña carga, este paquetito de ojos azules que usted está deseando soltar en la puerta de ese colegio, la compensará. En algún momento del día... o de la vida, esta pequeña la compensará, sin duda. Y también estoy segura de que, con independencia de si llega o no a tiempo para fichar, en algún momento será capaz de demostrar su valía profesional. Pero ahora... ahora, en este preciso momento... en el que usted y yo estamos frente a frente, usted también podría... En este momento... a esta distancia en la que ambas podemos oler nuestros respectivos perfumes... Usted podría... Deténgase un instante. Deténgase y respire. Hay un mundo a su alrededor. ¿No ha escuchado nunca eso de que lo importante rara vez es urgente y que lo urgente rara vez es importante? Señora, no somos salmones. Este no es el último viaje de nuestra vida. No nos estamos jugando el tipo en ningún estuario para pasar del agua salada a la dulce, ni para desovar en el río que nos vio nacer, ni para morir inmediatamente después, ni para que nuestros restos en descomposición sirvan de alimento a nuestros propios hijos. Señora, pare, ¡pare!... Deténgase un instante. Deténgase y respire. Tome consciencia por un momento de... *(Pausa breve)* Pero ella no para, nadie lo hace. Yo tampoco. Yo tampoco puedo parar.

*

Un anciano se dispone a cruzar un semáforo. Camina encorvado, apoyado sobre un bastón, y sus movimientos son extremadamente lentos. Esa lentitud de tortuga otorga a su acción física un carácter de irrealidad. Inicia su trayecto. Tardará en recorrerlo cinco minutos, como mínimo. De fondo se escucha amplificadas la respiración dificultosa del anciano, primero pausada y a un volumen bajo; luego, poco a poco, irá acelerándose, como consecuencia de la ansiedad que experimenta.

Se oye el característico pitido de los semáforos sonoros para invidentes.

Al cabo de unos segundos, el tiempo de paso de los peatones se acaba y el pitido cambia. El anciano sigue con su recorrido. El semáforo vuelve a ponerse en verde para los peatones. Llega un

coche que se detiene y, a continuación, una motocicleta. Solo veremos sus faros deslumbrantes acechando desde el fondo. El semáforo se pone en rojo para los peatones. Se escucha el rugir del acelerador del coche, luego el de la motocicleta. Después los dos al mismo tiempo, pero el anciano sigue cruzando a su paso.

El semáforo vuelve a ponerse en verde para los peatones. La señal acústica varía de nuevo su cadencia. Los conductores siguen haciendo sonar sus motores, dando pequeños toques de aceleración. El anciano sigue caminando a su paso. El sonido de su respiración se hace cada vez más patente.

El semáforo se pone en verde para los vehículos. Los motores comienzan a rugir con más fuerza. Al fondo aparecen más luces, faros de otros vehículos que llegan a la intersección. Suena un claxon. Luego otro. Y otro. El anciano sigue cruzando a su paso.

Los diferentes sonidos se escuchan a un volumen cada vez más elevado, todos a la vez. La respiración del anciano, los motores de los vehículos, los cláxones y los pitidos de la señal para invidentes se solapan en un crescendo que llegará a su punto álgido cuando el anciano llegue al otro lado de la calle. En ese momento el ruido se detendrá en seco.